

LECCION QUINTA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, la necesidad y práctica del exámen de sus defectos é imperfecciones.

Alma.—Dejadme besar vuestros sagrados pies, ¡oh Madre amada!

La Virgen.—Ven á mis brazos, hija mía, porque se pinta en tu semblante hoy la felicidad en que rebosa el alma.

Alma.—¿Y quién no será feliz teniendo la dicha que yo tengo? ¿Quién, teniéndoos por Maestra, oyendo vuestras lecciones y siendo ayudada de vuestro poderoso brazo, no se considerará feliz?

La Virgen.—Es verdad, hija mía, Dios ha dado á mi corazón tesoros de bondad, y en mi mano está su poder, pero lo que te hace feliz, no es mi amistad, sino la gracia que mora en tí y á la que debes atribuir tus santas aspiraciones y deseos.

Alma.—Lo creo firmemente, Madre mía, porque Vos lo decís, pero ¿cómo

puede desconocerse que por vuestros cuidados pude alcanzar la gracia?

La Virgen.—No te lo quiero negar; mas es preciso que entiendas, que esos que tu llamas mis amorosos cuidados, no son sino frutos del Espíritu Santo, que mora en mí. Resulta al fin de todo, que solo Dios bondadoso es el autor de tu bien. A Dios, pues, todas las gracias, todas las bendiciones y alabanzas.

Alma.—¡Oh qué buena sois, Madre amorosa, de todo sacais partido para enseñarme!

La Virgen.—¿Y en qué ha estado ocupado tu pensamiento desde la última vez que hablamos?

Alma.—Mi pensamiento solo se ha ocupado en recordar y sacar consecuencias de vuestras amorosas exhortaciones, y puesto que quiero ser toda de Dios, mi solo deseo es acertar en el modo de hacer ese exámen de que me hablabais ayer.

La Virgen.—Sí, hija mía, el primer paso del alma para el bien, despues de quitadas las ataduras del pecado, es el exámen de tí misma, lo que eres

en tu interior, lo que eres en tus pensamientos, en tus inclinaciones, en tus afectos y deseos; para que viendo en tí lo que hay del espíritu del mal, lo vayas desarraigando poco á poco, y conociendo lo mucho que te falta del espíritu de Dios, te empeñes en su conquista.

Alma.—Pero qué me decís, Madre querida, yo que tan torpe soy: ¿podré entender esas cosas?

La Virgen.—Hija, no te desanimes; pues como te dije ayer, no lo hace mejor el que quiere y sabe, sino aquel á quien Dios ayuda: busca á Dios con verdad, que él dará á tu espíritu luz divina con que verás en un momento más verdades, que las que en toda tu vida pudieras alcanzar con tus estudios; busca á Dios con verdad, que él dará á tu corazón tal consuelo, que halles desabridas las conversaciones de las gentes, sus diversiones y placeres sean para tí vagatelas y miserias, y sus empeños de interés ó de honor como sueños é ilusiones de un demente; y para que vengamos á la práctica yo te daré una regla sencilla y pondré

ante tus ojos una serie de defectos nacidos de las pasiones que debes desarraigar.

La regla es ésta: ¿has visto un jardinero que tiene en sus jardines arcos y columnas que formó de los árboles? no descansa para guiarlos; y ya formadas las figuras, siempre vigilante recorre con las tijeras en la mano, las calles del jardín, cortando las ramitas que sobresalen. Pues así has de ser tú; entra en tu corazón, jardín de Dios, mira tus pasiones, es decir, tus inclinaciones ó tus repugnancias; estos son los árboles, no los vas á arrancar, sino á dirigir y gobernar de tal manera, que en vez de servir al diablo, sirvan á Dios; pasa la vista por los defectos que ahora en una lista te daré y escoge el que conozcas que más sobresale en tí, y armada con las tijeras de la mortificación, corta esa ramita y otra y otra, hasta que hayas formado en tí, la imagen de Dios.

Alma.—¡Ay Madre mía! me gusta esa teoría ¿pero en la práctica?

La Virgen.—Es muy sencillo: Escoges uno de los defectos y ha de ser

aquel que más sobresale en tí y principalmente el que más ven los demás; y al levantarte ofreces al Señor no cometerlo y después anotas con una rayita ó un puntito las veces que lo has cometido y á la noche escoges aquel ramillete de defectos lo presentas al Señor como frutos de tu jardín. "Señor, le dices, mirad lo que soy, miradme, y con vuestra amorosa vista quedaré purificada, mañana seré mejor,"—y te duermes tranquila, sabiendo que has sido perdonada. Cuando ya no caes en este defecto ó has disminuido con tu cuidado la frecuencia de las caídas, tomas otro defecto y haces lo mismo.

Alma.—Pues esto es muy sencillo; mas si me lo permitís, se me ocurre una dificultad que . . .

La Virgen.—Puedes decirla.

Alma.—Que muchos de esos defectos serán pecados y tendré que confesarlos.

La Virgen.—Yo no trato de pecados hija mía, aquí se trata de defectos, que nacen del mal hábito de la tentación ó de la inclinación perversa, que

se cometen muchas veces sin voluntad y con poca advertencia, pero que impiden mucho bien y son la causa de nuestros pecados.

Alma.—Pero muchas veces ¿no es verdad que serán pecados?

La Virgen.—Sí, hija mía, pues cuando son con advertencia y mala intención y la voluntad plenamente los quiere, pueden llegar á ser hasta pecados mortales.

Alma.—Ya lo comprendo, Madre mía; dadme si gustáis la lista de los defectos.

La Virgen.—Tómala, hija mía, y con ella mi bendición.

Alma.—Hasta mañana, Madre querida.

AMOR DE DIOS.

Lee con reflexión la lección anterior.

AMOR DEL PRÓJIMO POR DIOS.

1º Si acostumbras mirar en las criaturas un retrato de Dios y una hechura de sus manos.

2º Si sufres las molestias, los capri-

chos y las rarezas de las personas con quienes vives.

3º Si eres con todos servicial, solícita por consolarles en sus penas, cuidadosa en proveer á sus necesidades, atenta en aconsejarles cuanto es conveniente; pronta, en fin, para ejercer los oficios de amistad hasta con los extraños y enemigos.

NO ES AMAR AL PRÓJIMO.

1º Si les amas solo por sus buenas cualidades, por los servicios que te han prestado ó porque te da gusto amarles.

2º Si ridiculizas sus palabras ó acciones, les haces burla ó no quieres hacer su gusto pudiendo.

3º Si metes chismes ó hablas mal de él ó le avergüenzas descubriendo sus faltas, sospechando ligeramente ó no defendiéndolo.

4º Si no les das limosna, ó les das mal consejo, ó eres pesado en la conversación, les alabas sin motivo, les desprecias ó estás mirando si están bien ó mal vestidos.

5º Si desperdicias algo de otro, te guardas las sobras, no economizas, ó escaseas la comida, empleas á los sirvientes más tiempo del que se debe, ó eres mezquino no pagando bien.

MODESTIA.

1º Si guardas contigo mucha decencia en todas tus acciones aunque estés sola.

2º Si tocas á otra persona, ó la miras cuando se desnuda ó viste.

3º Si lees algún libro, ó miras pintura poco decente, ó fijas la vista en persona de otro sexo con intención, ú oyes cantares ó conversaciones peligrosas.

4º Si hablas largamente á solas con persona de otro sexo sin fundado motivo, ó das lugar á tentaciones por falta de precaución.

5º Si comes ó bebes demasiado, te sientas en postura que pueda inspirar malos pensamientos, ó tienes poca precaución en cubrir los brazos y pecho con la mayor decencia.

6º Si usas trajes que llaman la aten-

ción, ó te adornas y compones más de lo que permiten tu clase y circunstancias; ó por el contrario andas con el vestido desaliñado roto ó asqueroso.

MORTIFICACION.

1º Si eres muy delicada en sufrir el frío, el calor, los dolores de tus enfermedades y demás.

2º Si buscas el regalo y la comodidad del cuerpo, te quejas de la cama dura ó de otra cosa que te da ocasión de padecer algo por Dios.

3º Si hablas palabras inútiles y buscas satisfacer la curiosidad y tienes pereza para levantarte, aplicarte al trabajo y otras cosas semejantes.

4º Si pierdes el tiempo en visitas y conversaciones inútiles, preguntas y sabes lo que no te importa y descuidas aprender las cosas necesarias para tu salvación y el cumplimiento de tus obligaciones.

5º Si no toleras los defectos de tus sirvientes ó la arrogancia de tus amos ó padres que te manden.

6º Si no olvidas la injuria recibida,

te quejas á Dios de que te abandona, y ponderas tus trabajos, hablando de ellos demasiado.

7º Si reprendes sin justa causa ó lo haces con voces descompasadas, no queriendo de cólera hacer alguna cosa ó comer y concibes deseos de venganza.

HUMILDAD.

1º Si has formado de tí ó de tus cosas un juicio aventajado, persuadiéndote que lo que tú haces es mejor que lo que hacen los demás, y creyendo que se ocupan de tí y hacen mucho caso de tus cosas.

2º Si quieres salirte siempre con la tuya, y disputas sin razón ó con tenacidad.

3º Si pones medios para que te estimen, citándote por ejemplo, aparentando más de lo que eres, alabándote y buscando el que te alaben.

4º Si sientes que en la virtud, en la riqueza ó en otras cosas, sean los otros estimados y te avergüenzas del vestido pobre ó de otras cosas semejantes.

LECCION SEXTA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, que para volar á Dios son necesarias la comunión y oración.

Alma.—Madre mía, aquí tenéis á vuestra hija, no os acordáis de mí?

La Virgen.—Si recuerdo... ¿eres tú una alma que olvidada de mi Hijo, andaba desolada buscando la felicidad en la mentira?

Alma.—Sí, Madre mía: Yo la que triste y desconsolada vivía en el mundo sin conocerlo, la que en el oropel de los intereses, en el afán de los amores, en el ruido de las tertulias y en los aplausos del siglo, buscaba engañada la tranquilidad y goce del alma y la verdadera felicidad...

La Virgen.—Pobrecita.. Ya recuerdo.. Y tuve lástima de tí y te llamé.

Alma.—Y yo corrí buscando la dulce voz que me llamaba y á vuestros piés postrada lloré... ¡ay Madre mía! ¡qué buena sois!

La Virgen.—¿Y qué has hecho desde entonces?

Alma.—Me he dado á pensar en lo que más importa.

La Virgen.—¿En lo que más importa!... ¿Y qué es lo que más importa?

Alma.—¿Que vos me digáis eso? mejor lo sabéis que yo.

La Virgen.—Es decir ¿que ya no quieres para nada el mundo ni las cosas que hay en él y te has dado á buscar con empeño el cielo?

Alma.—Yo no lo sé, Madre querida. Pero al pensar mis pecados y sentir el horror de su malicia, caí de pronto envuelta, y así como arrastrada en un lago de fuego, horrible lodazal de inmundos animales, y al verme allí arrojada, asustéme y lloré, y mi lloro conmovió el corazón de una hermosa Señora, que cariñosamente me mostró una ciudad... miré y ví... ¡Qué preciosa!... Las luces, el mismo Dios. Los aires, marcas apacibles del espíritu del Señor. Los ríos, cristales de purezas donde reverberan los rayos de la divinidad. Los adornos, colgaduras de matices de espíritus celestiales.

Las músicas son éxtasis que añaden nueva armonía al tropel tan sin confusión de los demás deleites.

La Virgen.—Bien, hija mía, bien.

Alma.—Pues por huir de ese lago, y llegar á esa ciudad, ¿no es verdad, Madre mía, que se puede hacer algún sacrificio?

La Virgen.—Y mucho, hija querida, aunque costase la vida.

Alma.—Pues buscar con empeño el cielo, es, pienso yo, hacer este sacrificio.

La Virgen.—Y has pensado acertadamente. . . Veo tus buenas disposiciones, y me das gusto, mas quisiera verte dar vuelos, pues es lástima que camine pesadamente con piés, quien puede volar ligeramente con alas.

Alma.—¿Que queréis decir con esto, Madre mía?

La Virgen.—Que quién puede amar á Dios sin interés, no debe ya buscarle por el temor del infierno y el placer de la gloria.

Alma.—Tenéis razón, mucho más generoso es eso, y ya lo presentía mi corazón, que aunque el temor del in-

fierno es bueno y el interés de la gloria excite, no era eso lo mejor. Pero ¿quién me enseñara otro camino?

La Virgen.—Yo.

Alma.—Hablad, Madre mía, que ya os escucho.

La Virgen.—¿Has visto un niño en los brazos de su madre? Camina el niño cuanto su madre anda. Pues así también tú. Camina con mi Hijo y volarás á Dios.

Alma.—No lo entiendo, Madre mía.

La Virgen.—Oye las palabras de mi Hijo y Señor, y lo entenderás. “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, aquél que está en mí y yo en él, este dará mucho fruto, porque sin mí nada podeís; así como los sarmientos apartados de la vid no dan fruto, ni vosotros apartados de mí; si permanecierais juntos conmigo y guardarais mis palabras, todo lo que quisierais, si lo pedis, se hará.

Alma.—Luego todo está en unirme á Jesús.

La Virgen.—Lo has acertado.

Alma.—¿Y como lo haré?

La Virgen.—Muy fácil te es, con la

comunión y la oración, con estos dos medios se elevará tu entendimiento hasta la unión con Dios; así se transformará la voluntad humana en la divina, y hará al verdadero amante dejar de ser hombre viviendo en carne, y vivir hecho Dios por participación.

Alma.—¡Ay! Madre mía, eso es lo que busca mi corazón.

La Virgen.—Anímate, pues, que yo te ayudaré y sabe que ese santo deseo no lo tuvieras si el Señor bondadoso no te llamara ya.

Alma.—¿Y cómo caminaré?

La Virgen.—Espera, espera, que para andar por este camino que te hará una misma cosa con el espíritu de Dios, es menester dejar primero los embarazos y groserías que estorban tan espiritual unión. Y pues has de tener vida de Dios, desnudarte es preciso de los afectos humanos. Y no oír, ni ver, ni querer criaturas, ni gustar de cosas de la tierra, ni entender ni atender más que á Dios ó por Dios, ni esperar de otro ni otra cosa que á Dios y de Dios. Y violentando suavemente las potencias y los sentidos mal acostumbrados

á lo terreno, irlos acostumbrando á lo espiritual y divino,

Alma.—¡Ay! ¡cuánto me ha de costar!

La Virgen.—No tengas miedo, acude á mí, que yo seré tu maestra. Medita lo que te he dicho y vuelve después.

Alma.—Dadme vuestra bendición.

La Virgen.—Tómala en el nombre del Señor.